

HOMILIA PARA UNA BODA

Hola, Isabel y Fernando:

¿Qué curioso, no? Os llamáis como los Reyes católicos, ya sabéis, esos del “tanto monta, monta tanto”. Que en *roman paladino* quiere decir que los dos, el hombre y la mujer, han de llevar los pantalones en casa. ¡Uy! No he dicho nada. Tal vez suene un poco machista eso de los pantalones. Los años, residuos de mi formación juvenil... Lo dicho, no lo habéis oído.

Mira Isabel, te he nombrado a ti la primera porque pienso que la mujer debe preceder al varón. Ya sé que Adán se os adelantó, pero también que la virgen María dio a luz al Nuevo Adán, Cristo. Y sin Cristo no hay cristianos. ¡Hala, a casarse todos con esos concejalillos y juececillos, toda esa competencia desleal! Bien sé que a muchos de vosotros no os gusta demasiado pisar la casa de Dios. ¡Quién sabe si nosotros mismos no la tenemos muy limpia y aseada para hacerla acogedora! Pero no os preocupéis. Si no hubiese incrédulos, y ojalá no los hubiera, nos quedaríamos sin ovejas negras para hacer apologética. En cualquier caso, estáis aquí para contraer matrimonio por la Iglesia. Y eso no está mal. Os dais cuenta de que el matrimonio es algo serio y necesita un cierto empaque, una cierta solemnidad. No es un contrato civil en el que los contratantes se comprometen a tal, tal y cual.

He dicho que el matrimonio es una cosa seria, pero veo que os estáis sonriendo. Y vosotros, los padres, también. ¿Os acordáis cuando hicisteis lo mismo? Alegría, vamos, esto no es un sermón para el día de difuntos. Yo entiendo que, humanamente, los cristianos lloremos cuando perdemos a nuestros seres queridos, pero debemos pensar que van a ver a nuestro Padre. Y también está aquí Dios entre vosotros a través del amor que os ha unido. Ya no sois -dice el evangelio- dos cuerpos sino una sola carne. Así,

pues, sonreid, sonreid. El diablillo de la tristeza nunca da ni los buenos días. ¡Si lo sabré bien yo!

Estáis comenzando el primer minuto de vuestra vida en común. El big-bang de una nueva familia. Bueno, y no hablo de otras cosas previas al matrimonio porque yo no me chupo el dedo y no soy tan puritano como otros. Yo no sé si eso de los noviazgos más largos que un día sin pan es muy aconsejable. ¡Se tarda tanto tiempo para conseguir un trabajo con el que formar un hogar! Lo importante es el amor y no el cuándo. O sea, el *quién* y para *cuánto*. ¡Qué dureza la de la Iglesia cuando dice y repite tan machaconamente eso de “para toda la vida”! ¿No es cierto? Los curas no nos casamos, pero podemos opinar quizás mejor porque, si bien no conocemos un matrimonio por dentro, conocemos muchos, más que nadie, por fuera. ¡Tantos hemos casado! Y algunos de ellos se han cansado y se han descasado. No debemos, no debe la Iglesia, ser poco comprensiva con esos marineros que, ante una fuerte tormenta, deciden volver la espalda y regresar al puerto. Pero debemos proponernos llegar como Colón hasta el final del océano para descubrir un nuevo continente. Si no le hubiese movido la firme fe para salvar las tormentas hoy no tendríamos culebrones, jugadores de fútbol y a Rubén Darío, que vale por todos ellos. “No aguantan nada”, decía mi madre cuando a algunas artistas muy enamoradísimas se les rompía la navecilla del amor a los pocos meses. No, las mujeres no deben nunca aguantar los malos tratos, pero sí los ronquidos y las manchas en la camisa, pues como dice esa cursilada tan verdadera: “amor es perdonarse”. Perseverar en el amor es ir a por todas, buscar el sobresaliente aunque luego os quedéis en un aprobado raspadillo. Por eso viene la exigencia, la aspiración máxima de “para toda la vida”. Sin ser posible el divorcio civil, el matrimonio indisoluble, sostenido a la fuerza del sacramento, no tiene ningún valor. Sería como ser castos sin ser antes tentados. Si aún os queda alguna llama en las dificultades, y las tendréis seguro, soplad para que no se apague.

Fernando, también me dirijo a ti, pues no creas que tu amada se está casando sola, eso no vale. Vais a comenzar una larga vida compartida, y en la vida siempre hay obligaciones. Si un árbol no es fecundo, es una mierda de árbol, con perdón sea dicho. Un matrimonio no debe encerrarse en su egoísmo negándose a tener hijos. Ya sabéis esas siglas inglesas de los “dinkis”, doble ingreso sin hijos. De ese modo la pareja – no el matrimonio – puede salir más a cenar, hacer viajes a lugares exóticos, y todo sin cambiar pañales de caca y desesperarse por un suspenso en la escuela. Hijos, traed hijos al mundo. ¿Cuántos? Dios no habla nunca de aritmética. Y hasta el mismo Papa dice – que no me oigan los obispos sin la esperanza de ser ellos un día pontífices - que las mujeres no deben parir como conejas. Vuestras bisabuelas tenían quince o veinte hijos muriendo exhaustas. Eso, si no aplicaban el ingenio humano para remediarlo. ¿No habéis pensado que es falso el dilema: familia numerosísima o abstinencia total? Dejaos de chorradas de eso de mirar el calendario, y ahora sí podemos y ahora no. Esto es una forma de hacer trampas siendo antinaturales por medio de la naturaleza. La Biblia nos dice solamente que hemos de crecer y multiplicarnos, pero no dice si por dos, por tres o por cuatro. Una cosa es cierta: una multiplicación por cero da siempre cero patatero.

Tened hijos, dad nietos a vuestros padres, traed ciudadanos a la sociedad, hombres y mujeres que proclamen que el amor mueve el mundo. Y dejo ya de ser un pesado porque a mí, que he dicho esto muchas veces, me puede siempre la emoción.

Isabel, Fernando, podéis besaros y, como dicen los jóvenes, intercambiad vuestro fluidos.

Pablo Galindo Arlés
26 de octubre de 2018